# Una proeza

Escribe: JOSEFINA CARABIAS

*El libro pesa lo menos medio kilo. Tal vez tres cuartos. Pero el público que frecuenta las librerías lo levanta en vilo y le da vueltas, con evidentes deseos de llevárselo a casa y "meterle el diente" cuanto antes mejor. Las quinientas cuarenta y ocho páginas de que consta no causan pavor ni a los más perezosos. Porque al gran aliciente del título, "Vida de Gregorio Marañón", se une el de estar firmado por un joven e inteligente periodista, Marino Gómez Santos, maestro en ese arte endiablado que consiste en apechugar con las mayores dificultades para que luego el lector no encuentre ninguna dificultad.*

*—¿De dónde puede sacar un periodista activo el tiempo necesario para escribir un libro de quinientas cuarenta y ocho grandes páginas? —le pregunté hace unos días a Marino Gómez Santos, a quien encontré con la mano dolorida a fuerza de firmar ejemplares de su "Marañón" en una librería madrileña.*

*—En este caso —me respondió—, lo difícil no ha sido escribir un libro de esas dimensiones, sino tener que comprimir en ese número de páginas la vida y la obra de un hombre como Marañón, una figura de talla intelectual, moral y profesional inconmensurable.*

*Ciertamente, don Gregorio Marañón es, para sus biógrafos, lo que podríamos llamar un figurario, con una vida límpida y ejemplar, pero tan caudalosa, que pueden hacer fácilmente perder pie al que se acerque a observarla.*

*Marino Gómez Santos ha pasado varios años sumergido en esas aguas serenas, pero difíciles de dominar y reducir a las dimensiones de un libro. Ha examinado millares de cartas y documentos, centenares de fotografías... Ha rumiado los recuerdos de largas horas pasadas junto al propio don Gregorio en su casa, en el hospital, en su cigarral de Toledo... Ha hablado con infinitas personas, cada una de las cuales creía poseer material para escribir su "Marañón" particular.*

*—Hombre, a propósito de Marañón, yo le voy a contar a usted una anécdota curiosísima... Verá.. —le decían de pronto un médico, un escritor, una señora distinguida, un actor de teatro, un portero, un enfermero, un cura o un matador de toros, en vista de que Marañón fue hombre que impresionó a todo el que se acercó a él ¡y Dios sabe se acercaron gentes de todas clases a aquel hombre que fue la persona más acogedora del mundo!*

*Así, con tanto dato, tanta anécdota, tanto testimonio de primera mano, había días en que el pobre Marino tenía la cabeza como un bombo. Días en que aquella obra, acometida con la mayor ilusión y el celo más enfebrecido, le producía taquicardias, vahídos, angustias nocturnas y toda clase de alteraciones psicosomáticas.*

*Para mí, lo más asombroso de todo es que ese trabajo chino del autor se halla tan perfectamente disimulado en el texto, que el lector que toma el libro en sus manos corre sobre las páginas con la facilidad y la complacencia de quien está bailando un pasodoble.*

*Nada resulta árido, ni siquiera las páginas que se refieren a la ingente labor científica del doctor Marañón, ni a su vida académica. El biógrafo no ha querido desmerecer de aquel hombre que lograba convertir las glándulas suprarrenales en tema apasionante y que prestaba interés y amenidad singulares al "diagnóstico etiológico".*

*—La única incomodidad que los lectores podemos echar en cara a Gómez Santos es el insomnio. Yo abro el libro todas las noches hacia las once y media y me cuesta mucho trabajo cerrarlo antes de las tres de la mañana —me decía uno de los que lo están leyendo estos días.*

*Otro comentario que he oído ha sido el de que esta biografía de Marañón es una de las más honestas que se hayan escrito nunca. Hecha, sin duda, con cariño hacia la figura —¿quién que haya conocido a don Gregorio no se sentiría atraído y encariñado?—, no es posible encontrar en ella nada que esté falseado, disimulado o abultado con el fin de realzar su recuerdo. Todo es auténtico y exacto.*

*Ahora bien, ese rigor notarial no ha impedido a Gómez Santos introducir la emoción, que surge en ciertos momentos, elegantemente contenida, pero, por eso mismo, más patética.*

*Por ejemplo, la del atardecer de primavera en que, viendo venir la muerte —tenía cita con ella aquella misma noche—, don Gregorio se hizo acompañar por su hijo hasta las colinas de El Pardo y, contemplando por última vez el paisaje velazqueño, que le fascinaba, murmuró nostálgico:*

*—¡Qué hermosura! ¡Qué hermosura!*

"IDEAL". Granada, 19. Jun. 71.